

Rodó, la Crítica y un Crítico

☆ EN su homenaje, deploro la nota brillantemente elusiva y frívola que otorga, Rodríguez Monegal, a mi pequeño ensayo acerca de Rodó. Averigüe Vargas en razón de qué extraño misterio, Emir, tan seguro de la propia lucidez y objetividad, y tan sagaz aduanero de la ajena, se gobierna, aquí, por arrebatos, antojos y celos. Domina, en la crítica al libro de Pereda, y en el cañazo que me lanza, cierta cejijunta postura de oficiante, cierto fútil orgullo de manejar, él, papeles, fichas, márgenes, de esotérico culto y goce. Siete veces, número pitagórico, cifra mágica, siete veces, E. R. M. nombra a Rodó "el Maestro", con abrumadora "M" mayúscula. Replico yo, entonces, no a crítico libre, sino a rendido discípulo; replico para que juzguen quienes leen fuera de capillas.

Vela, una gran nube, la lucidez de E. R. M., cuando escribe: "No admite Paseyro que Rodó dejó de ser un crítico profesional después de su ensayo sobre Ruben Darío (1899); que ya en ese mismo ensayo su labor fué más la de un artista de la prosa en franca competencia con el artista del verso; que labor meramente crítica; que su obra fué centrándose cada día más en la creación estética y en la difusión de su mensaje americano", etc.

Salvo que no con su mal gusto —"artista de la prosa en franca competencia con el artista del verso"— dije y admiti cabalmente eso:

"Cierta que con el siglo, el cauce de su obra rebosa hacia meditaciones filosóficas; cierto que la forja de los ensayos gastaba su tiempo; de cualquier modo, prueban su medida crítica las páginas anteriores, nunca repudiadas, jamás trascendidas". ("Rodó en sus adentros", ALAPE, pág. 5, agosto 48).

Y a seguida, obsérvese: "Mil ochocientos noventa y nueve: "Ruben Darío", inicial hito de su madurez. Y a su madurez — a mí, de Azúa— no ejercita la crítica. Por mejor decirlo: la ejercita a las veces, ¡y cómo!"

Mas aunque tal se admita, ¡va en ello demostrado que fué Rodó buen crítico en su época juvenil, o que llegare, luego, a serlo, en tiempos en que alababa a García Godoy, Frugoni, Andrade? No aduje que fuese Rodó sólo un crítico, crítico ante todo: probé su casi unánime error al ejercer la crítica y su feroz olvido al no ejercerla en casos clamorosos: Herrera y Reissig, Florencio Sánchez, Lugones, etc. Triste defensa la que soslaya Emir: ya que no puede ponderar las opiniones del "Maestro", las quita de en medio, las disimula, las soterra. A menos que halle, E. R. M., en los infolios del Archivo, recónditas muestras contrarias, no me negará este rol de inciensados: Vargas Vila, Núñez de Arce, Campoamor, Echegaray, Castelar, Gil, Querol, Pastor

a Borges, —de los irresponsables que entran a saco en su obra, que amenazan convertirlo en escritor epidémico, que lo utilizan sin escrúpulos. De esto deben defenderlo quienes legitima y honradamente, reconocen su deuda con Borges, reconocen su gravitación magistral.

El crítico —que se encuentra en ese caso— sabe muy bien que arriesga ser más realista que el rey, no le importa. Agradecido penetra en su excesivo ejemplar de *La Historia Universal de la Infamia*, allí algún anónimo exégeta incluyó un relato apócrifo que secretamente prolonga el volumen: su título amarillo es: *El impaciente imitador Juan Wilcock*.

CARLOS RAMELA.

Díaz, Tasara, Rueda, Arolas, Ayala, Balart, Mata, Rivas, Leopoldo Díaz, Magariños Cervantes, Fajardo, Bermúdez, Pacheco, Andrade, Guido Spano, Carlos Arturo Torres, Acuña de Figueroa, García Godoy, Díaz Rodríguez, Frugoni, etc., etc.

Incito a Emir a ésta de tres: que se case con las opiniones de su "Maestro" y las aplauda, o las ataque, o las deseché. Traspasaría, si lo último, el celo del propio "Maestro": Rodó, ganosísimo siempre de la perfección de su obra, edita, en 1913, en "El Mirador de Próspero", sus harto lamentables dictámenes críticos. "El Mirador de Próspero", ¡no equivale, por modo expreso, a sostener antiguos yerros, y adicionar otros en idéntica norma de miopía y engaño?

Mal interpreta E. R. M. que opongo yo "reparos a la condescendencia crítica" (?) de Rodó: afirmo que fué, Rodó, "miope y mínimo en su magisterio estético, que en su atalaya sólo hubo ventanas clausuradas a la luz moderna, y que no le caben glorias de buen crítico, ni ya de crítico, que por inercia y hábito ponderarse aún." La condescendencia crítica nacería de previa virtud crítica, sería desmayo del "criterio" objetivo, negligencia del general acierto. Y el "Maestro" de Emir, careció de rigor, doctrina y aptitudes de crítico.

Asombra que el lúcido E. R. M. me reproche: "no debe olvidarse aquel principio crítico enunciado por el Maestro en las páginas de la Revista Nacional, el 10 de enero de 1896, bajo la rúbrica de "Notas sobre Crítica": "El ministerio de la crítica no comprende tareas de mayor belleza moral que las de ayudar a la ascensión del talento real que se levanta, y mantener la veneración por el grande espíritu que declina". Contesto, al párrafo de Emir, que debe olvidarse, por dos veces falso, el omitido aforismo: por su irremisible barata sensiblería, lejos de las elementales líneas críticas, y porque el ministerio de la crítica alcanza, sí, tareas asaz mejores y bellas que las que apunta Rodó.

Principio absurdo, pues, y que ni Rodó cumple: Rodó no ayuda a talento real alguno: murieron, a su lado, Herrera y Reissig y Florencio Sánchez, y no supo verles. Y confío en que E. R. M. no imagine "grandes espíritus" a Campoamor, Núñez de Arce, Vargas Vila...

Queda, del reproche de E. R. M., sólo un asombro: el de que renuncia, en hablando de Rodó, a su postulada lucidez, y usa la adhesión fofa, la blandura, el eufemismo.

Al cabo de su nota, que expira en un pasional y vocativo "Roberto Ibáñez", alega E. R. M. mi "ligereza tan ejemplar" que atribuye a Carlos Real de Azúa "descubrimientos y afirmaciones" del poeta hoy en París. Tendría, mi pequeño ensayo, a rebatir, en su único error, el óptimo escolio de Carlos R. de Azúa en "Escritura". Creo haberlo hecho, sin obsequiarle con tamañas glorias ajenas. Aclare, E. R. M., qué descubrimientos de Ibáñez regalo a de Azúa, y esto probado, explique en cuánto varía, la restituida paternidad, el juicio acerca de Rodó y su obra crítica.

Cierro yo, aquí, mi parte en la polémica. El tema no me place: zambullí en él, porque según Carlos Ramela entiende, luego de hallar mi artículo "valioso, valiente y útil", era "necesario para la situación definitiva de Rodó, más allá de cierta crítica inepta y patriotería." (MARCHA, N° 446.)

Y mientras alguien se alienta a seguirme, observo, divertido, cómo decae Rodríguez Monegal de Borges en Rodó, y de crítico en archivero, y albacea de Roberto Ibáñez.

RICARDO PASEYRO.